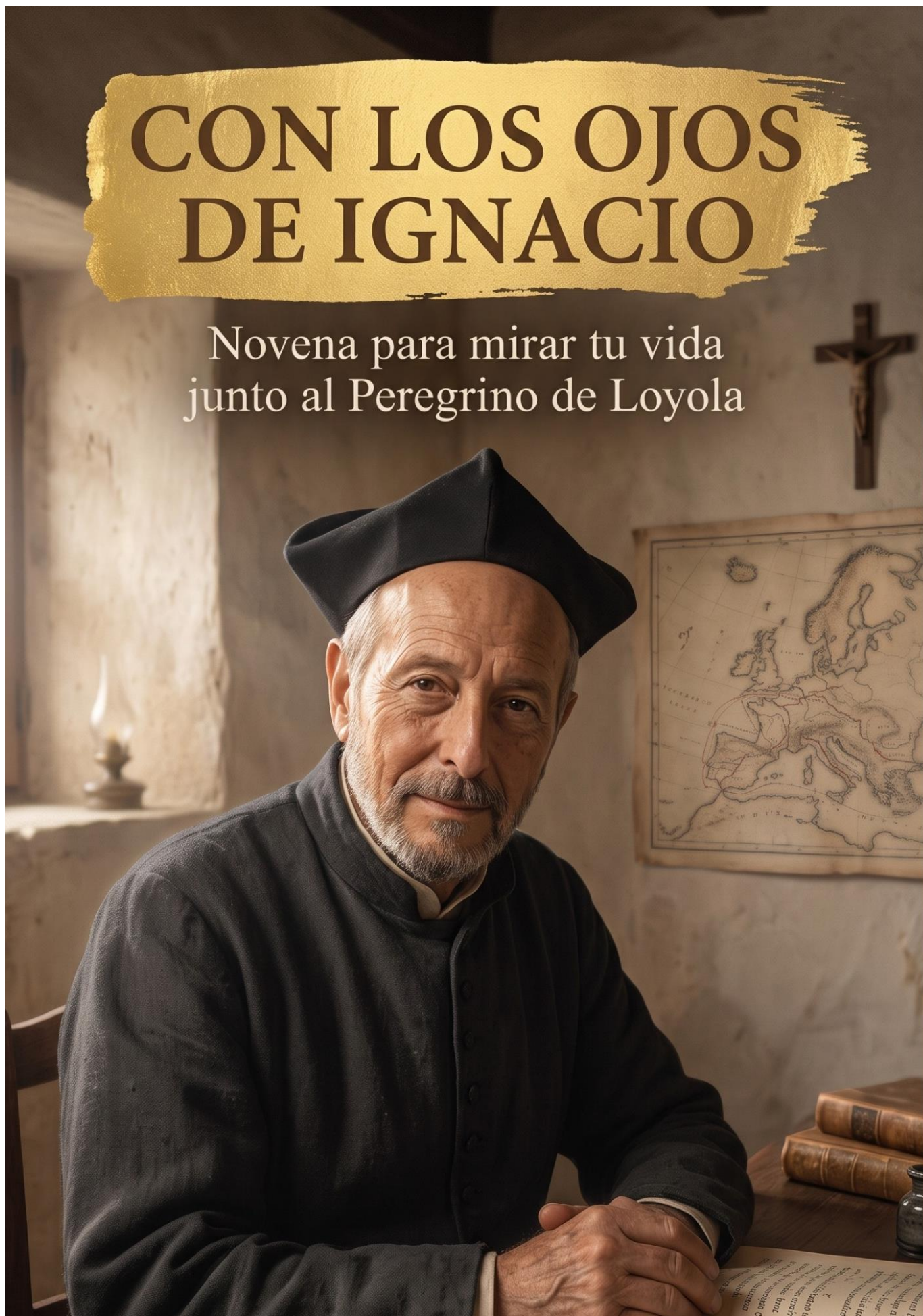


CON LOS OJOS DE IGNACIO

Novena para mirar tu vida
junto al Peregrino de Loyola



Antes de empezar

Ignacio de Loyola se llamó a sí mismo, hasta el final de sus días, «el Peregrino». No fundador, no general, no santo: peregrino. Alguien en camino, que no llegó sabiendo, sino que fue aprendiendo a los tropezones, con una pierna quebrada, con sueños que se le cayeron de las manos, con una voz interior que tardó en reconocer, con amigos que no buscó y que terminaron sosteniéndolo.

Durante estos nueve días te proponemos caminar junto a él. No para admirar su vida desde lejos, como quien mira un cuadro en un museo, sino para pedirle prestados sus ojos y mirar con ellos tu propia historia. Cada día vas a situarte en una escena concreta de su camino, y vas a descubrir que esa escena, ocurrida hace casi cinco siglos, se parece sospechosamente a algo que estás viviendo hoy.

No hace falta que sepas mucho de historia ni de espiritualidad ignaciana. Alcanza con que estés dispuesto a reconocerte en un hombre que, como vos, tuvo que aprender a caminar sin mapa, confiando en que no caminaba solo. Aquí empieza el camino. Vos también sos peregrino.

P. Javier Rojas, SJ

DÍA 1

La crisis

*«¿Por qué te desanimas, alma mía?
¿Por qué te inquietas dentro de mí?»*

Salmo 42(41), 6

Situarnos junto a Ignacio

Es Pamplona, mayo de 1521. Un grupo de hombres carga una camilla por un camino embarrado, y en ella va Íñigo con la pierna destrozada por una bala de cañón, murmurando todavía frases sueltas de la batalla. Cree que puede demostrar cómo pelea un verdadero soldado. Ya no hay nada que demostrar. Sus propios enemigos lo curan, casi con respeto, porque saben que se enfrentaron a alguien valiente. Eso es todo lo que le queda: el respeto de quien lo venció.

De vuelta en Loyola, cuando el dolor afloja y queda claro que no se va a morir, se pregunta qué hizo con su vida hasta ahora.

Del texto a la vida

Fijémonos bien en qué es lo que realmente se quiebra en Pamplona. No es la pierna. Eso duele, pero se cura. Lo que se quiebra es la historia que Íñigo se venía contando sobre quién era: un caballero destinado a la hazaña, capaz de conquistar honor con la espada. Esa historia sostenía todo lo demás. Sin ella, no le queda ningún otro lugar desde donde pararse. Por eso, tirado en esa cama, no llora por la pierna. Se pregunta qué hizo con su vida, y la respuesta lo deja sin piso.

Todos tenemos nuestra propia versión de esa historia. La construimos con años de trabajo bien hecho, con ser el que siempre resuelve, el que sostiene a los demás, el profesional confiable, la que nunca se enferma. Y un día algo la desarma: un diagnóstico, un despido, una traición, o simplemente el peso de demasiados años cargando lo mismo. Ahí no perdemos solamente aquello que se cayó. Perdemos el lugar desde donde nos parábamos para mirarnos con algo de orgullo. Y eso es mucho más difícil de nombrar que «tuve un mal año».

Hay algo más, y vale la pena decirlo. Existe la tentación de saltar directo a buscarle sentido a la crisis antes de convertirla en aprendizaje. Decir «todo pasa por algo» antes de haber sentido, con el cuerpo, que efectivamente todo se cayó. Íñigo tampoco encontró sentido en esa cama. Se quedó ahí, derrotado, sin ninguna palabra piadosa que lo consolara todavía. Ese vacío duró meses. Nadie se lo apuró.

Y tal vez, como él, seguimos funcionando por fuera. Vamos al trabajo, atendemos a la familia, contestamos mensajes, sonreímos cuando hay que sonreír. Por dentro, en cambio, hay una habitación cerrada donde algo se derrumbó y todavía no lo mostramos a nadie. Eso no nos hace falsos ni débiles. A Íñigo también lo veían entero, soportando el dolor en silencio, mientras solo cuando se quedaba a solas lo tapaba esa nube.

Oración de cierre

Señor, hoy no tengo ánimo para pedirte grandes cosas. Te muestro lo que se me rompió, tal como está, sin arreglar todavía, sin explicación que lo justifique. Quédate cerca mientras encuentro las palabras para nombrarlo.

DÍA 2

Soltar

«Y ellos, dejándolo todo, le siguieron.»

Lucas 5, 11

Situarnos junto a Ignacio

Montserrat, 24 de marzo de 1522, entrada la noche. Antes de subir a la ermita, un caballero se cruza con un mendigo apoyado contra un muro y le entrega, una a una, sus ropas finas de gentilhomme, las mismas con las que hasta hace poco quería impresionar en la corte. A cambio se queda con un hábito de arpillera que se ata con una soga. Se llama Íñigo de Loyola, aunque esa noche no se lo dice a nadie.

Sube hasta la iglesia cargando todavía la espada y la daga que lo acompañaron en Pamplona. Vela sus armas toda la noche frente a la imagen de la Virgen morena, tal como se velaban antiguamente antes de armar caballero a un guerrero, solo que él hace justo lo contrario: al amanecer, en vez de ceñirse la espada, la cuelga de la reja de la capilla. Ahí se queda, junto con los exvotos y las velas de tantos que peregrinaron antes que él. No es un gesto solamente simbólico. Es la forma más literal que se le ocurre de decir: ya no soy ese hombre.

Sin embargo, todavía le queda un tramo largo por caminar. Baja de Montserrat queriendo ser un santo, imitando con el mismo fervor con que antes imitaba a los caballeros de sus libros de aventuras. Todavía no sabe que un santo no se copia. Un santo señala hacia otro lado. Por ahora, lo que hizo esa noche ya es bastante: dejó lo que tenía, sin saber todavía en qué se iba a convertir.

Del texto a la vida

Fijémonos en el gesto de colgar la espada. Lo que Íñigo deja ahí no es solamente un objeto. Es la última prueba física de quién había decidido ser antes de la herida: un hombre de armas, medido por el honor ganado en batalla. Colgar la espada resulta, en el fondo, más fácil que colgar esa manera de medirse a sí mismo. Eso tarda mucho más. A todos nos llega, tarde o temprano, el momento de soltar algo que ya no nos representa. Puede ser un trabajo que alguna vez nos definió, o una relación que sigue ahí más por costumbre que por otra cosa. Soltar da vértigo, porque no sabemos con certeza quiénes somos sin eso que nos sostenía. Íñigo tampoco lo sabía cuando subió a Montserrat. Solo sabía que ya no quería seguir siendo quien era.

Hay una trampa en la que caemos casi sin darnos cuenta, y es la misma en la que cae Íñigo apenas deja las armas: soltamos algo y enseguida salimos a copiar otra cosa. Dejamos un modelo de vida y corremos a imitar el siguiente que encontramos, sin

darnos el tiempo de descubrir qué es, en realidad, lo nuestro. Admiramos a alguien, queremos su disciplina, su manera de vivir, y en el afán de parecernos terminamos otra vez viviendo prestado, solo que con otro dueño. Soltar de verdad no es cambiar de modelo. Es empezar a caminar un tiempo sin ninguno.

Y, aun así, algo se mueve cuando soltamos, aunque no tengamos del todo claro hacia dónde vamos. Íñigo no bajó de Montserrat sabiendo lo que iba a ser. Bajó liviano, eso sí, con menos peso encima del que subió. Algunas veces alcanza con eso.

Oración de cierre

Señor, hoy dejo en tus manos lo que ya no puedo seguir cargando. No sé todavía en quién me voy a convertir sin eso. Dame el coraje de Íñigo para soltar antes de tener la respuesta.

DÍA 3

Voz interior

«Y después del fuego, el susurro de una brisa suave.»

1 Reyes 19, 12

Situarnos junto a Ignacio

Manresa, 1522. Íñigo lleva meses instalado cerca del pueblo, primero en el hospital de Santa Lucía, después en una cueva junto al río Cardoner. Ha llegado hasta ahí exagerando cada penitencia que se le ocurre: ayunos que lo dejan sin fuerzas, el pelo y las uñas sin cortar, largas horas de rodillas sobre piedra. Durante meses lo sacude un tormento interior que no lo deja en paz. Dudas que vuelven una y otra vez sobre pecados ya confesados, escrúpulos que lo hacen sentir sucio sin motivo, noches enteras de desvelo.

Con el tiempo, casi sin darse cuenta, empieza a mirar ese tormento con otros ojos. Nota que hay noches en que el desvelo viene acompañado de un consuelo intenso, casi eufórico, y que ese consuelo, en vez de dejarlo en paz, lo va agotando poco a poco. Decide, contra lo que le pide el cuerpo en ese momento, apagar la vela y dormir. Descubre así algo que todavía no tiene nombre: que no toda voz que suena a Dios lo es, y que el engaño a veces se disfraza de bien.

Una tarde, caminando hacia la iglesia de San Pablo, se sienta un momento junto al río Cardoner. No ve ninguna visión. Simplemente empieza a entender, dirá después, con una claridad tan grande que todas las cosas le parecen nuevas. Años más tarde va a decir que si tuviera que elegir entre todo lo vivido hasta el fin de sus días y esa sola tarde junto al río, se quedaría con el río.

Del texto a la vida

Es importante tener bien claro esto: puede haber más de una voz sonando adentro nuestro al mismo tiempo, y no todas dicen lo mismo. Está la voz que repite lo mal que hicimos algo, una y otra vez, aunque ya lo hayamos resuelto hace tiempo. Está la que nos convence de que merecemos castigarnos un poco más antes de perdonarnos. Y está, mezclada entre las dos, alguna que insiste en cosas buenas, en trabajar más, en dar más, en exigirnos más, hasta dejarnos vacíos en lugar de en paz. Íñigo tardó meses en aprender a distinguirlas. Nosotros solemos creer, sin pensarlo demasiado, que todo lo que suena firme adentro nuestro tiene que ser verdad.

Hay una pista útil en lo que le pasó a Íñigo con el sueño. Aquella voz que lo mantenía despierto, entusiasmado, rezando de más, terminaba dejándolo agotado. La que finalmente le trajo paz fue la más simple: apagar la vela y descansar. A veces

distinguimos la voz que viene de Dios no por lo intensa que suena, sino por lo que deja después: si nos deja livianos o exhaustos, si nos abre un poco o nos encierra más en nosotros mismos.

Y después de tanto ruido interior, tanto escrúpulo, tanta noche despierta, a Íñigo le llega esa tarde junto al río en la que no pasa nada espectacular. Simplemente entiende. Puede que a nosotros también nos llegue así: no en medio del ruido que armamos para sentir que estamos buscando a Dios, sino en un rato quieto, sin ningún mérito especial, sentados donde sea, cuando por fin dejamos de escuchar tantas voces a la vez.

Oración de cierre

Señor, hay demasiadas voces adentro mío y no siempre sé cuál es la tuya. Enséñame a distinguir la que trae paz de la que solo agita. Y regálame, aunque sea una vez, un rato de silencio junto al río.

DÍA 4

¿Y ahora qué?

«Quisieron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió.»

Hechos 16, 7

Situarnos junto a Ignacio

Jerusalén, septiembre de 1523. Íñigo lleva tres semanas en Tierra Santa, la tierra que soñó alcanzar desde su convalecencia en Loyola, el destino que sostuvo cada paso desde entonces. Ha sobrevivido a tormentas, a una peste que assolaba el camino, a controles y extorsiones, todo para llegar hasta aquí. Su plan es quedarse para siempre: predicar el Evangelio, ayudar a las almas, no volver jamás. Pero el franciscano que administra los Santos Lugares le informa que no puede quedarse. La orden de la Custodia es clara y no admite discusión. Debe partir al día siguiente con el resto de los peregrinos.

Esa misma tarde, incapaz de aceptar que no va a volver a pisar esos lugares, se escapa del hospedaje sin permiso, soborna a los guardias con un cuchillo y con unas tijeras, y corre solo hasta el monte de los Olivos para grabarse en la memoria hasta el último detalle: dónde estaban exactamente las marcas de los pies de Jesús en la piedra, cómo era la vista desde ahí. Lo encuentran, lo reprenden, lo llevan de vuelta casi a la fuerza. Él se deja llevar contento, dice el relato, sintiendo a Jesús cerca a pesar de todo.

Esa noche, sin poder dormir, mirando por una ventana pequeña el cielo estrellado de Jerusalén, se hace una pregunta que todavía no tiene ninguna respuesta: ¿Y ahora qué?

Del texto a la vida

Hay sueños que uno persigue con todo. Ahorra, se prepara, atraviesa dificultades enormes, y cuando por fin los alcanza, algo o alguien le dice que no, que ahí no es, que hay que soltar justo lo que tanto costó conseguir. No es el sueño equivocado lo que duele más. Es que la señal llegue justo cuando ya lo tenías en la mano.

Conocemos esa noche despiertos mirando el techo, buscando en la oscuridad alguna razón que explique por qué se cerró la puerta que tanto costó abrir. El proyecto que no salió. La búsqueda que no llegó a nada después de años. La relación que se termina justo cuando parecía, por fin, encaminada. Y en esas noches, como Íñigo, no tenemos una respuesta clara, apenas una pregunta que da vueltas: ¿y ahora qué?

Vale la pena notar algo en la escena del monte de los Olivos. Íñigo no se despide con resignación tranquila. Se escapa, negocia con guardias, se aferra a cada detalle que puede llevarse, aunque sepa que igual tendrá que irse. No hay nada de malo en resistirse

un poco antes de soltar. La fe no exige aceptar todo con una sonrisa serena desde el primer momento. A veces empieza, simplemente, con volver corriendo una última vez a mirar lo que se está por perder.

Lo que Íñigo todavía no sabe esa noche es que ese «y ahora qué» no se va a responder de un día para el otro. Van a pasar años, estudios, tropiezos, antes de que ese camino tenga sentido. La pregunta sin respuesta inmediata no es una falla de la fe. Muchas veces es, sencillamente, el principio del camino siguiente, aunque todavía no se le vea la forma.

Oración de cierre

Señor, hoy tengo en las manos algo que se me cae y no entiendo por qué. No te pido que me expliques ahora mismo el sentido. Solo te pido compañía para hacerme, sin miedo, la pregunta: ¿y ahora qué?

DÍA 5

Empezar de nuevo

«Olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está por delante, corro hacia la meta.» **Filipenses 3, 13-14**

Situarnos junto a Ignacio

Barcelona, 1524. Íñigo tiene treinta y tres años y decide que, si quiere de verdad ayudar a las almas como sueña, primero necesita estudiar. Nunca aprendió gramática latina como corresponde: de joven se dedicó a las armas y a la corte, no a los libros. Así que se sienta, junto a niños de diez y doce años, en el aula del maestro Jerónimo Ardévol, a repasar declinaciones y verbos que sus compañeros de banco ya dominan desde hace tiempo.

No es sencillo. Después de la intensidad mística de Manresa, de la fuerza con que sintió a Dios hablándole junto al río Cardoner, volver a la gramática elemental se le hace árido, casi humillante. Además, no puede evitar seguir con su antigua costumbre de conversar largamente sobre Dios con cualquiera dispuesto a escucharlo, y eso le resta horas de estudio. Su propio maestro se lo advierte: si sigue así, nunca va a aprender latín. Reconoce que tiene razón. Decide, sin dejar de hacer el bien que puede, ordenar sus prioridades y ponerse en serio con los libros.

De Barcelona pasa a Alcalá, y de Alcalá a Salamanca, buscando cada vez una formación más sólida, topándose en el camino con sospechas, interrogatorios eclesiásticos y hasta algún tiempo en prisión por predicar sin ser todavía sacerdote ni tener estudios formales. Nada de esto lo detiene. Sigue, empezando una y otra vez, hasta que años después, ya en París, complete lo que en España no pudo terminar.

Del texto a la vida

Hay una idea instalada, casi sin que la cuestionemos, de que hay una edad para cada cosa: para estudiar, para cambiar de trabajo, para animarse a lo nuevo. Y cuando la vida nos pide volver a ser principiantes más tarde de lo esperado, sentimos una vergüenza rara, como si llegar tarde a algo fuera peor que no llegar nunca.

Íñigo a los treinta y tres años, sentado con chicos de doce, repasando lo básico, no es una anécdota simpática de su biografía. Es exactamente lo que le tocaba hacer en ese momento, aunque le costara el orgullo. Nadie llega dos veces al mismo lugar por el mismo camino, y a veces el camino que a uno le toca empieza mucho más atrás de lo que hubiera querido.

Conviene fijarse también en algo que casi no se cuenta: a Íñigo no le sale perfecto de entrada. Se distrae, prioriza mal, tiene que escuchar a su maestro decirle, en la práctica,

que así no va a aprender nunca. Empezar de nuevo no es solamente animarse a sentarse en el aula. Es también aceptar que al principio se hace mal, que hace falta corrección, que el orgullo de lo que uno ya sabía en otra área de la vida no sirve de mucho en esta nueva.

Y aun así sigue. Barcelona, Alcalá, Salamanca: cada ciudad un nuevo intento, cada intento con sus propios tropiezos. La constancia de Íñigo no está en no equivocarse. Está en no dejar de sentarse al pupitre otra vez, cada vez que hace falta.

Oración de cierre

Señor, hoy me toca empezar algo de nuevo, aunque llegue tarde según mis propias cuentas. Dame la humildad de sentarme donde me toca sentarme, aunque a mi lado estén los que llevan mucho más camino andado que yo.

DÍA 6

Compañeros de camino

«Más valen dos que uno, porque, si caen, el uno levanta al otro.»

Eclesiastés 4, 9-10

Situarnos junto a Ignacio

París, primavera de 1535. Antes del amanecer, junto al puente que lleva a Notre-Dame, seis hombres se despiden de Ignacio, que parte a caballo hacia España para recuperar la salud antes de reencontrarse con ellos en Venecia. No son compañeros de circunstancia. Son Pedro Fabro, Francisco Javier, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla y Simão Rodrigues: hombres que Ignacio fue encontrando uno por uno durante siete años de estudios parisinos, con los que compartió cuarto, ayuno, oración y, meses atrás, votos de pobreza y castidad en una capilla de Montmartre.

Ignacio, el mayor del grupo, siente algo raro esa madrugada. Una despedida parecida le sucedió hace siete años, y entonces terminó solo. Por un instante teme que esta vez pase lo mismo. Pero mirando a estos hombres, jóvenes y comprometidos, algo en él sabe que es distinto. Se abrazan uno por uno. Alguno pide, con la voz apretada, que le manden noticias a su madre. Rezan juntos en voz baja. Ignacio monta el caballo viejo que le compraron entre todos y se aleja al paso, hasta que la niebla se lo traga.

Los que quedan no hablan del asunto enseguida. Simplemente sienten, dice el relato, que quedan un poco huérfanos sin él. Pero no se dispersan. Siguen juntos, sabiendo que en Venecia se van a reencontrar.

Del texto a la vida

Durante años, Íñigo caminó solo por elección, casi con orgullo. En Barcelona, rechazaba compañía de viaje para depender solamente de Dios. Le costó bastante llegar a este puente de París, rodeado de gente que lo quiere y a la que quiere, gente que llora cuando él se aleja.

Nos pasa algo parecido. Después de una pérdida, una mudanza, un divorcio o simplemente demasiados años acostumbrados a resolver todo solos, aprendemos a bastarnos. Y hay algo de cierto en esa fortaleza, pero también hay algo que se pierde: la posibilidad de que alguien nos levante cuando nos caemos, sencillamente porque nunca dejamos que nadie se acerque lo suficiente como para vernos caer.

Los compañeros de Ignacio no aparecen de golpe ni por casualidad. Los busca, uno a uno, a lo largo de años, con paciencia, dejándose conocer, mostrando también sus propias dudas frente a ellos. Nadie termina rodeado de amigos verdaderos por

accidente. Se construye despacio, con la misma dedicación con la que Ignacio se dedicó a sus estudios o a sus ejercicios espirituales.

Y hay un detalle que dice más de lo que parece: cuando se despiden esa madrugada, Ignacio no se va para siempre. Se va sabiendo que va a volver a encontrarlos. La comunidad verdadera no es la que nunca se separa. Es la que sostiene la certeza del reencuentro incluso en la distancia.

Oración de cierre

Señor, gracias por quienes me sostienen sin que yo se lo pida. Ayúdame a dejarme acompañar, y a ser también, para alguien, ese compañero de camino que levanta cuando el otro se cae.

DÍA 7

Esperar despierto

«Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas, subirán con alas como de águilas, correrán y no se fatigarán.» **Isaías 40, 31**

Situarnos junto a Ignacio

Vicenza, 1537. Ignacio y sus compañeros llevan tres años esperando embarcarse hacia Jerusalén, la tierra que todos sueñan alcanzar desde que hicieron sus votos en Montmartre. La situación política del Mediterráneo lo hace, año tras año, cada vez más difícil. Se reúnen bajo la estatua del león de Venecia para decidir qué hacer. Los rostros están serios. Alguien dice, por fin, lo que todos venían pensando: si para el 8 de enero no zarpa ningún barco, van a dejar de esperar la peregrinación y se pondrán, en cambio, a disposición del Papa, tal como habían prometido de reserva en sus votos.

No es una espera pasiva la que atraviesan mientras tanto. Durante ese año en que no zarpa el barco, Ignacio y los suyos se dispersan por Italia y trabajan en hospitales, atendiendo enfermos, tocando llagas que otros prefieren no mirar. Dan los Ejercicios Espirituales a quien se los pide. Se ordenan sacerdotes. La espera, para ellos, no es tiempo vacío. Es tiempo lleno, aunque el destino que soñaban siga sin llegar.

Cuando finalmente el más joven pregunta qué van a responder si alguien les pregunta quiénes son, ya que no pertenecen a ninguna diócesis ni orden reconocida, Ignacio propone un nombre: compañía de Jesús. Todavía no es una orden religiosa. Es, por ahora, solamente un grupo de amigos con un nombre compartido, esperando saber qué sigue.

Del texto a la vida

Hay esperas que paralizan y esperas que, sin dejar de doler, se llenan de algo. La diferencia no está en cuánto dura la espera, sino en qué hacemos mientras tanto.

Conocemos bien esa espera que paraliza: la de resultados médicos que tardan, la de una respuesta laboral que no llega, la de un embarazo que no se da, la de una situación que se resuelve por goteo y no de una vez. En esos tramos es fácil vivir con la vida en pausa, esperando que algo cambie afuera antes de animarnos a hacer algo adentro.

Ignacio y sus compañeros, en cambio, esperan trabajando. No porque hayan resuelto la angustia de no saber, sino porque descubren que la angustia y el servicio pueden convivir. Siguen dando ejercicios, siguen cuidando enfermos, siguen ordenándose sacerdotes, aunque el barco que esperan nunca termine de zarpar. La espera no les impide seguir siendo quienes eligieron ser.

Y hay algo más: el nombre que terminan eligiendo para sí mismos, compañía de Jesús, no nace en un momento de gloria ni de claridad total. Nace en medio de la incertidumbre, cuando todavía no saben bien qué va a ser de ellos. A veces lo más definitivo de nuestra vida se decide, justamente, en los tramos donde menos definido parece estar el resto.

Oración de cierre

Señor, todavía estoy esperando algo que no llega. Ayúdame a no quedarme con las manos vacías mientras espero, sino a seguir viviendo, sirviendo y queriendo, aunque el barco todavía no zarpe.

DÍA 8

El sí que compromete

«Aquí estoy, envíame a mí.»

Isaías 6, 8

Situarnos junto a Ignacio

Roma, 1541. Los compañeros llevan semanas deliberando quién debe ser el primer General de este grupo que hasta hace poco ni siquiera tenía nombre propio. Votan por separado, en secreto, después de días de oración y ayuno. Cuando abren los votos, el nombre se repite: Ignacio. Él se resiste. No quiere el cargo. Pide tres días más de oración, se confiesa, insiste en que sería mejor que lo ocupara «otro mejor» hiciera lo que a él le toca. No busca ese lugar. De hecho, lo incomoda. Pero cuando el confesor y los compañeros confirman, uno por uno, lo mismo que ya sabían, no le queda margen para seguir escondido detrás de su propia duda.

El 22 de abril acepta. Dos días después, en la basílica de San Pablo Extramuros, celebra la Eucaristía junto a los primeros compañeros y pronuncia sus votos como General: pobreza, castidad, obediencia al Papa. No es un gesto solemne más. Es la aceptación de una responsabilidad que él mismo no habría elegido, sostenida solamente por la confianza de los que lo eligieron a él.

Del texto a la vida

Nos pasa con frecuencia algo parecido a lo de Ignacio, aunque en escala mucho más pequeña. Alguien nos pide que lideremos un proyecto, que asumamos una responsabilidad, que enseñemos lo que sabemos, que acompañemos a otro en un momento difícil. Y el primer impulso, casi automático, es pensar que hay alguien más capacitado, que seguramente se equivocaron al elegirnos justo a nosotros.

A veces esa duda es prudencia sana. Pero otras veces es una forma cómoda de escondernos detrás de nuestra propia humildad, para no cargar con lo que significa aceptar: que alguien nos ve, que cuentan con nosotros, que nuestro sí le importa a otro más que a nosotros mismos. Ignacio no se sintió preparado para gobernar la Compañía. Aceptó de todos modos, no porque de golpe se sintiera capaz, sino porque confió más en lo que sus compañeros discernieron sobre él que en su propia resistencia.

Vale la pena notar que Ignacio no acepta enseguida. Pide tres días y se confiesa. Necesita ese tiempo para dejar de negociar consigo mismo. El sí que compromete casi nunca es instantáneo. Suele necesitar ese tramo incómodo donde todavía dudamos, mientras algo adentro ya empieza a saber cuál va a ser la respuesta.

Y hay una última cosa que conviene mirar: son los otros los que ven primero lo que Ignacio todavía no termina de creer sobre sí mismo. Muchas veces el reconocimiento ajeno llega antes que la propia certeza. Aceptar un llamado no siempre significa sentirse listo. A veces significa, simplemente, confiar en la mirada de quienes nos conocen mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos en ese momento.

Oración de cierre

Señor, tantas veces prefiero que el llamado sea para otro. Tú ya sabes lo que soy capaz de dar, aunque yo todavía dude. Ayúdame a confiar en lo que otros ven en mí, y a responder, como Ignacio, no desde la seguridad de sentirme preparado, sino desde la disposición de decir: aquí estoy.

DÍA 9

Fiel hasta el final

«He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.»

2 Timoteo 4, 7

Situarnos junto a Ignacio

Roma, últimos años de la década de 1550. Ignacio gobierna la Compañía de Jesús, ya extendida por medio mundo, desde una habitación pequeña y sobria junto a la iglesia de Santa María della Strada. No hay ya viajes a pie, ni mendicidad, ni caminos inciertos. Hay cartas, constituciones por redactar, decisiones de gobierno, informes de misioneros que llegan desde la India, desde Brasil, desde Alemania. Quince años lleva ya tejiendo, desde ese cuarto, una red que él mismo nunca recorrerá por completo.

No es fácil para el que fue peregrino convertirse en administrador. Hay días en que lo asalta, dice quien lo conoció de cerca, una nostalgia de otra vida: la del camino, la de la pobreza absoluta, la de no saber dónde va a dormir esa noche. Añora, a veces, esa libertad que tuvo que dejar atrás para sostener lo que Dios puso en sus manos. Pero no abandona el puesto. Sigue, cada día, en la brecha: firmando cartas, recibiendo visitas, escuchando a quien golpea su puerta.

El 31 de julio de 1556, agotado por años de trabajo incesante, muere en esa misma habitación pequeña. No hay última gran hazaña, ni escena memorable. Solo la fidelidad sostenida, día tras día, hasta que el cuerpo ya no da más.

Del texto a la vida

Casi toda la vida de fe que solemos admirar tiene que ver con grandes gestos: conversiones repentinas, decisiones heroicas, viajes que cambian todo. Pero la mayor parte de la vida de cualquiera, incluido Ignacio, transcurre en tramos mucho menos vistosos: una rutina que se sostiene, una responsabilidad que no se abandona, un puesto que se ocupa, aunque ya no entusiasme como antes.

Conocemos esa nostalgia de otra vida que sentía Ignacio en su cuarto romano. La sentimos frente a un matrimonio largo que ya no tiene la intensidad de los primeros años, frente a una enfermedad que hay que acompañar sin fecha de fin, frente a una tarea diaria que hacemos bien, pero sin brillo, mientras una parte nuestra sigue imaginando el camino que no tomamos. Esa nostalgia no es una falta de fe. Es, simplemente, parte de ser fieles: seguir en el puesto, aunque una parte de nosotros extrañe otra vida posible.

Lo notable de Ignacio en sus últimos años no es que dejara de sentir esa nostalgia. Es que nunca dejó que esa nostalgia lo sacara del lugar donde tenía que estar. Firmaba cartas extrañando los caminos de España. Gobernaba la Compañía extrañando la pobreza absoluta de sus primeros años. La fidelidad no elimina la añoranza. Aprende a cargarla sin que decida por nosotros.

Al final, lo que queda de una vida entera no es el momento más brillante, sino la suma de todos los días en que, con ganas o sin ellas, alguien decidió quedarse.

Oración de cierre

Señor, hoy te pido fidelidad para lo que no brilla: la tarea repetida, el puesto que ya no entusiasma, el compromiso sostenido más allá del ánimo del día. Que, si algo tengo que extrañar, lo extrañe sin abandonar el lugar donde me pusiste.